

EL OBRERO PANADERO

Organo de la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos

Local Social: MÉDANOS, 1494

Teléfono: LA URUGUAYA 1911, Cordón

Luz, luz de verdad para los cerebros oscurecidos; rayos de sol moral para esos espíritus de adolescentes, que hoy viven criminalmente; sumidos entre la sombra de los prejuicios y de las hipocresías nefastas; guerra a las tradiciones salvajes; guerra a la guerra.



¡Aurora! ¡Aurora! El dolor es como el riego; fecunda. La humanidad puede aún salvarse. ¡Ha sufrido tanto! Levantemos el lávaro de la verdad; sea él quien nos guíe a través de la selva inmensa; fuerza en el cerebro y fuerza en el brazo: Así se llega. Y sino caigamos con los ojos abiertos de frente al Sol. — A. GHIRALDO.

RESURGIMIENTO

Por fin parece que se nota en nuestras filas un nuevo resurgimiento, los ánimos se van enardeciendo y se gesta nuevamente el anhelo de reivindicar nuestros derechos pisoteados por la clase patronal al extremo de no poder resistir por más tiempo el actual estado de cosas.

Era preciso que despertáramos, es indispensable que nos preparemos para impedir a toda costa que los dueños de Panaderías continúen cometiendo toda clase de atropellos como lo estaban haciendo en estos últimos tiempos.

Ya hace tiempo que los obreros panaderos debíamos de habernos dado cuenta que día a día veníamos poniéndonos en peores condiciones, pues, nuestros amos no conformes con hacernos hacer un trabajo exorbitante en pan, a la fecha son pocas las casas que no se hace galleta, mantequillas, etc., etc., con esto estamos traicionando a los galleteros y factureros, y es preciso entender que estos también tienen derecho a la vida, —y si nosotros hacemos el trabajo de ellos además de privarles del sustento a esos gremios anexos nos hechamos encima una carga que nos resulta demasiado pesada.

Pero todo eso aun le parecía poco a los que explotan nuestro sudor, pues, el pasado mes de Setiembre fué de grandes acontecimientos, es decir, fué durante ese mes que los dueños de Panaderías rebajaron nuestra dignidad al más bajo extremo; por cuanto en unas casas rebajaron los salarios, en otras sacaron gente (aun que aumentaran el trabajo), en algunas otras sacaron el descanso semanal, y en las más se está haciendo un trabajo extremadamente inhumano; y esto parece que los patrones querían llevarlo a cabo en forma general, especialmente en lo que se refiere a sacar el descanso, según informes estaban todos unánimes en proceder.

Ante estos procedimientos patronales se puso de pie la mayoría del gremio, pues, desde hace más de dos o tres años no presenciamos una asamblea tan numerosa como la habida últimamente para tratar el tópico que nos ocupa, en dicha reunión se acordó preparar un movimiento para efectuarlo a la mayor brevedad posible, esto es, después de una previa preparación del gremio para dicho fin.

El pliego de condiciones que se exigirá tiene que discutirse y aprobarse aun, pero ya conocemos al respecto diversas opiniones: algunos compañeros opinan que además de reafirmar los se-

senta centésimos para la ración, descanso semanal, y entrada libre al empleo de nuestra sociedad, que se reclame un amasijo por cuadrilla reglamentando la cantidad de harina a elaborar cada obrero, otros creen que para obtener un triunfo rápido nos concretamos simplemente a la reglamentación de la harina, de cualquiera manera lo esencial es salir del amodorramiento en que permanecemos hasta la fecha, es preciso sacudir el yugo de la explotación que pesa sobre nosotros y nos apremiamos para luchar por un mejor bienestar.

El amasijo por cuadrilla y la reglamentación de la harina, es en realidad una panacea redentora para nuestro gremio, pues, si queremos siquiera ponernos en las condiciones de los demás trabajadores es necesario que conquistemos dichas mejoras, por cuanto solamente así es como nos acercaremos a la jornada de ocho horas; y es hasta vergonzoso que el gremio de panaderos, siendo el que colocó la piedra fundamental de la organización obrera esteamos aun sometidos a una jornada de 16 o más horas, mientras que los demás gremios, especialmente los más importantes disfrutan de las ocho horas, y esto que casi todos los asalariados trabajan a la luz del día respirando oxígeno puro, mientras que nosotros estamos encerrados toda la noche y parte del día en talleres antihigiénicos, respirando el mortífero ácido carbónico y otros microbios patógenos que aniquilan nuestra existencia antes de tiempo.

Reflexionemos compañeros: Estudiemos la precaria situación en que vivimos y tratemos de ponerle remedio al mal.

«La lucha es la vida»
«La inercia es la muerte»
«Luchemos pues».

Todo obrero que no trata de asociarse con sus compañeros para mejorar de condiciones se traiciona a sí mismo.

¡ARRIBA! ¡ARRIBA!

Es necesario poner una barrera a los abusos patronales, pues, nuestros explotadores creen que pueden a su antojo dominarnos como a corderos, les parece que perdimos hasta el último hálito de rebeldía, por esto, que a esa suposición de nuestros explotadores es necesario manifestar nuestras energías en pro del mejoramiento de nuestra propia existencia.

Camaradas: estos momentos son decisivos, nuestra dignidad de hombres está pisoteada completamente; silenciar ante el atropello patronal es una cobardía, es menester erguir la frente y crispar los puños a fin de impedir que nos rebajen más que a la condición de bestias como sucede actualmente.

Hay crisis, este es el refrancito que cundió por doquier, y también se hizo carne entre nosotros, y en realidad hay crisis, pero de energías, hay crisis de hombres intrépidos para la lucha, crisis de voluntad para sacudir el yugo de la inicua explotación capitalista que nos tiene agobiados.

La crisis ¿cuándo no existió para nosotros? el proletariado nunca ha nadado en la abundancia, siempre hemos carecido de lo necesario para satisfacer la vida; lo mismo ahora, las condiciones no han variado, y si así fuera, si la crisis nos azota hoy más que ayer con más razón pues debemos evitar los sufrimientos, más se justifica que manifestemos nuestro descontento contra el malestar que nos oprime, puesto que nosotros no podemos cargar con la culpa de la convulsión guerrera ni con ciertos procedimientos prestos en práctica por los ladrones de la banca y del comercio; a nosotros no nos incumbe otra cosa que estudiar nuestra circunstancia y remediar los males que nos aquejan, y, a eso vamos, a luchar para la vida.

Nuestra acción es esencialmente de clase, pues, frente a la prepotencia y predominio explotador de la burguesía se impone la manifestación de rebeldía de los trabajadores para conquistar el derecho a vivir que no es arrebatado diariamente.

Entre nosotros aun está arraigado el apego al patrón, en Montevideo no se mira al que explota nuestro sudor como a un enemigo; se manifiesta cierta afinidad entre el capital y el trabajo, y mientras esto perdure no se encausará la lucha reivindicadora. Es menester tener en cuenta que el patrón y el obrero son dos enemigos irreconciliables; puesto que los intereses de ambos son completamente opuestos, pues, así como el patrón para conservar sus intereses tiene que tratar de hechar toda la carga que le sea posible sobre las espaldas del obrero, a este le incumbe el deber de oponerse a resistirla en base del espíritu de conservación que posee todo ser viviente.

Cuando el obrero abandona el trabajo para ir a la huelga por la conquista de una mejora debe tener en cuenta de antemano que después del movimiento no volverá más a la misma casa, se triunfe o no; por cuanto el triunfo de la huelga hoy debe asegurarse antes de abandonar el taller; ¿cómo? dejando las levaduras, la harina que esté depositada, el horno y las maquinarias en condiciones que nadie pueda hacer pan; así se triunfará.

¡Arriba! ¡Arriba! compañeros: El momento está próximo, la huelga es indispensable, para triunfar se necesita solo una cosa, ¡Voluntad! La voluntad es la conquistadora de la vida; y en esta emergencia lo mismo, si hay voluntad venceremos.

¡Arriba! ¡Arriba! Obreros Panaderos, que el grito de Viva la Huelga repercuta en todas partes como el eco de un trueno en el espacio.

¡Viva la Huelga pues!...

Modesto Quilonides.

A LOS REPARTIDORES

Compañeros: en estos momentos, la Sociedad de Obreros Panaderos está gestando un movimiento de huelga a fin de conseguir mejoras tanto para los Obreros Panaderos como para los repartidores, pues nosotros tenemos por entendido que repartidores y panaderos debemos marchar de acuerdo para que todos en conjunto tratemos de conseguir mejoras en el trabajo.

Estudiad camaradas vuestra situación, mirad que la vida es muy apreciable, y sino tratamos de engrandecerla, la vida se agota; es menester que también vosotros os preocupéis de la situación en que estáis y busquéis la manera de mejorar, por cuanto luchar por la vida es la misión de los hombres.

Vosotros los repartidores, tenéis derecho lo mismo que todos, de percibir los sesenta centésimos para la ración y el descanso semanal los que trabajáis en la cuadra lo mismo que nosotros; y nunca mejor oportunidad que esta para lograr ese propósito.

Nuestro ahelo —amigos repartidores, es que conquistéis estas mejoras y las que creáis oportunas exigir; por nuestra parte haremos todo lo que podamos para exigir vuestro triunfo, pues, las circunstancias son propias del momento; y nada mejor pues que os solidaricéis con nosotros para en conjunto luchar a fin de obtener el triunfo.

Responded pues, repartidores al propósito que persiguen los panaderos, que esto será el triunfo de unos y de otros.

Reflexiones sobre la guerra

Ciertas hecatombes son no sólo necesarias; sino indispensables, al progreso intelectual de los pueblos adormecidos por la monotonía en que se desarrolla la vida bajo la férula de un inmenso fárrago de prejuicios que los tiene acorralados e impotentes para la más mínima manifestación que pudiera ser interpretada como una esperanza de próxima liberación, o aunque más no fuera como una simple tentativa tendiente a ese fin.

Por lo tanto, la espantosa tragedia que actualmente ensangrienta a las viejas naciones europeas, traerá beneficios importantísimos, pues la magnitud de las desastrosas y funestas consecuencias que han de sufrir las multitudes del viejo continente, influirán poderosamente para que vayan, de manera tan contundente e irrefutable, percatándose de las hermosas verdades que desde tiempo inmemorial vienen exponiendo, escrito u oralmente, toda una legión de hombres a quienes, malgrado la actual irrupción de los instintos ancestrales del ser humano, se les debe no pocos progresos en el ininterrumpido forcejeo que a diario se realiza por la implantación de un mejor estado social donde no haya testas coronadas o sin coronar, es decir, reyes o presidentes que sean árbitros de la vida de millones de hombres, como acontece en el presente momento histórico.

Estamos ya cansados de oír de parte de nuestros adversarios de mala o buena fe, (eso no hace el caso) la eterna objeción de que, no sería posible la vida en un medio social como el precon-

zado por los ácratas, porque, anulada que fuera la autoridad, los hombres libres de todo control, se entregarían al desborde sin límite de las pasiones brutales hoy contenidas por la perenne vigilancia de ésta, etc.

Para hablar así sería preciso que dentro del actual régimen se viviera en perfecta armonía; que el crimen no existiera; que los derechos de cada uno fueran respetados, y que la libertad de los ciudadanos no dependiera del capricho de cualquier miserable lacayo, vulgarmente conocidos con nombre de pesquisas.

Pero dejemos estos detalles, que si bien tienen importancia capital, quedan momentáneamente eclipsados ante la formidable matanza que tiene por teatro las hasta hace poco fértiles campiñas europeas, allí se matan a centenares de miles sin que por ello se horrorizen los que temen la ausencia de la autoridad. Y se matan no por falta de autoridad, sino que por el contrario, por exceso de ella.

En efecto, ¿Hubiérase sido posible al emperador alemán, austriaco y demás criminales, lanzar a tantos millones de hombres al crimen, si no fuera la autoridad que invisten? ¿Es siquiera concebible que las enormes multitudes que han abandonado la herramienta creadora para empuñar el fusil homicida lo hubieran hecho así a no mediar la **suprema autoridad** de los interesados en conservar sus privilegios?

No, amigos; la autoridad no evita el crimen; lo fomenta. A causa de ella el horrible frágil del combate domina sobre todo sentimiento de fraternidad. Y guay del que hable de clemencia si quiera sea hacia los niños, ancianos y mujeres! Sería fusilado por traidor!

Repetimos; la autoridad no evita el crimen; al contrario, lo fomenta y hace que este asuma proporciones colosales que escapan a la imaginación humana. Leed los telegramas de la guerra y veréis que no exajeramos; ciudades destruidas, montones de inmensos cadáveres destrozados por la metralla, millares y millares de huérfanos que claman en vano por sus padres desaparecidos en la vorágine apocalíptica que envuelve a la humanidad, arrastrándola al suicidio en masa.

Si se quiere sinceramente que el delito desaparezca, o por lo menos quede reducido a su menor expresión, es necesario que todos laboremos para que llegue al fin el día ansiado en que los hombres sepan prescindir de toda autoridad; en que nadie pueda alimentar ambiciones de predominio por ser entonces innecesarias al bienestar de cada uno; en que el mañana dudoso deje de ser la pesadilla de los trabajadores expuestos siempre a quedar sin pan y sin techo no obstante su honradez y laboriosidad.

Que los hombres no carezcan de lo necesario a su existencia material y moral, añadiendo a esto una sólida e integral instrucción, y veréis que la casi totalidad de los crímenes que no es y nunca será capaz de evitar la policía, no existirán por haber desaparecido las causas originales.

Reflexionen nuestros compañeros sobre este tópico y veréis cuanta razón nos asiste al opinar así.

Fernando Falco.

Nuestras conferencias

Todos los actos públicos que hasta la fecha venimos realizando en el sentido de gestionar la abolición del trabajo nocturno y la higienización de las cuadras, han tenido un resultado completamente lisonjero, tanto por la cantidad enorme de público que siempre concurrió al Salón del «Ateneo»

como por la brillante exposición de ideas expuestas por los oradores que participaron en dichos actos.

En la última conferencia el amplio Salón del «Ateneo» estaba como siempre repleto de concurrencia de ambos sexos; y esta enorme masa del pueblo estaba esperanzada de escuchar nuevas opiniones médicas sobre el interesante asunto que se debatía, por cuanto esto encarna un tópico de interés público y de sanidad; pero, los oradores que tenían que tomar parte en el mencionado acto esa noche nos desfraudaron, por cuanto nadie de los cuatro que se habían comprometido para hacer uso de la palabra comparecieron; uno con una disculpa y otro con otra, la cuestión que nos encontramos con el salón repleto de público y sin la asistencia de ningún orador.

Pero no obstante la falta de los oradores, bastó que el veterano luchador Fernando Falco se presentara al público en nombre de la comisión de La Sociedad de Obreros Panaderos, exponiendo a grandes rasgos el por qué no se efectuaba el acto y exhortando para que el público concurriera al próximo acto que se efectuará en el mes próximo, para que toda la concurrencia aplaudiera estrepitosamente las palabras de nuestro amigo y camarada.

La próxima conferencia promete grandes proporciones; por cuanto eminentes médicos nos dieron su palabra prestando su valiosa cooperación; En primera fila figura como comprometido para darnos otra conferencia, el doctor Justo F. González, que en su conferencia anterior, publicada en estas mismas columnas, demostró los vastos conocimientos que posee en la materia; después, dieron su palabra para asistir al mismo acto, el doctor Fernández Enciso, director del hospital militar, y la doctora Paulina Luisi.

Así pues, con estas exposiciones médicas y con la disertación sociológica que las engrandecerá el doctor Emilio Frugoni, comprometido para toda esta campaña humanitaria, tenemos plena confianza que la próxima conferencia será todo un éxito.

Lo único que recomendamos, es que tanto el gremio como el público, concurren unánimemente a la próxima conferencia a realizarse en el mes entrante.

La asociación es indispensable en todos los órdenes de la vida para lograr un futuro bienestar para toda la especie humana.

La guerra y el proletariado

El autoritarismo más desatentado, la cleptomanía inconcebiblemente desenfrenada, el más amplio orgullo que pueda cobijarse en cerebro humano han determinado a Europa a dar el salto en el vacío...

Intil e imposible profetizar...

Una fe, mejor dicho, una inducción racional nos da la seguridad de que al fin el proletariado universal, fraternizando sobre las luchas promovidas por sus explotadores y tiranos, entrará más consciente, más libre y más resuelto que nunca en la franca vía evolutiva que conduce a la Anarquía.

¡Y pensar que la mayoría de los humanos ven con impasibilidad esta vergüenza de la civilización!

La horrorosa furia de la absurda guerra ha soltado al impetuoso viento de las pasiones la paz de los pueblos.

Se teñirá con el rojo vivo de sangre joven la llanura o la montaña donde se encuentran los beligerantes. A la brutal acometida en la altura del monte, sus cuerpos moribundos rodarán hasta descender a la llanura; correrá por las vertientes la sangre a raudales, se hacinarán los cadáveres, alterarán con la lucha la tranquilidad de las aldeas, y en los hogares felices reinará el germen maldito del dolor y se convertirán en lúgubre teatro de espantosas tragedias.

El resto de Europa civilizada se cruzará

de brazos e impasible verá la tragedia del homicidio, los desenfrenos de los combatientes, la efusión de sangre humana, los cadáveres despedazados, cráneos rotos por la mortífera metralla y el espectáculo horripilante de las piltrafas separadas de los cuerpos sirviendo de pasto a los buitres y cuervos.

Terminada la refriega, verán arrastrarse cuerpos humanos, gimiendo de dolor, implorando agua, mordiendo la tierra como si cavasen en busca de ella para alimentar más la angustia de la muerte; todo destruido, saqueado, incendiado, ayes de los moribundos, entre los cúmulos de los ya muertos; se asesina sin piedad criaturas, mujeres y ancianos; se mutilan cuerpos, se machacan cráneos, se tritura carne, se arruinan familias enteras, se destruyen hogares, quedan viudas y huérfanos desamparados; los combatientes ebrios de sangre y pólvora, brutos sin freno que validos de la prepotencia, con furia sádica, asesinan entre llantos y angustias a inocentes niños e indefensas madres, esturpan a jóvenes doncellas asesinándolas después en medio de la calle, más bien parecen chacales hambrientos, tigres feroces, que seres humanos, llámense caníbales, cafres o antropófagos; seres degradados cuyo corazón es de acero.

¡Oh, altruistas varones de la conferencia de La Haya! Algún día tal vez se presenten a vuestra imaginación los espectros horripilantes de los cadáveres putrefactos abandonados en los campos de batalla.

¡Oh, guerras fratricidas que escribís en la historia luctuosas páginas chorreando sangre! ¡Oh, humanitario país de los cafres! Ante los repugnantes cuadros de los campos de batalla de los pueblos civilizados puedes proclamarte más humanitario y altruista que ellos!

¡Oh, seres humanos!... ¡Cuántos crímenes perpetráis en nombre de la civilización!

Ultrapasada la civilización, el Progreso por el suelo, abolida la dignidad humana, la libertad y la justicia está a merced de los tiranos.

¡Qué bárbaros somos en pleno siglo XXI!
¡Aciago siglo!

El mendigo de LAS CALATRAVAS.

La unión hace la fuerza

Muchos quizás se sonreirán mefistofélicamente, al ver toda la ingenuidad que encierra en su fondo el epígrafe de este artículo.

Y algunos creerán, también, que se trata de una perogrullada!

¡No; no es para tanto! Porqué, ¿cómo podríamos llamar perogrullada a una cosa que aun no es interpretada ni comprendida en su verdadera esencia? ¿cómo podríamos decir que es una verdad de perogrullo, si aun no se ha hecho carne en el cerebro de la colectividad obrera?

Convengo, sí, que ella es una verdad archisabida por los conscientes; pero,—aquí viene otra vez la desgraciada frase, que forma la nota discordante, en las entusiastas afirmaciones,—muy poco practicada y exteriorizada, por la parte más numerosa del pueblo trabajador...

Los ignorantes, los imbéciles y los estúpidos, en su inmensa mayoría, se ríen interiormente, con largas carcajadas, cuando uno les dice que la unión hace la fuerza; que con ella se conseguirán, innegablemente,—cuando va acompañada de una sólida conciencia de clase,—todos los derechos que nos corresponden.

Los débiles, los cobardes, los pesimistas, o mejor dicho los ex-hombres, se sonríen irónicamente, cuando uno de nosotros les dice que la unión proletaria forma la grandiosa síntesis de nuestros anhelos de emancipación.

Y, tanto unos como otros, por más que se ríen de nuestra acción, no pueden justificar la causa de su indiferentismo; todos ellos se confunden en un mismo aspecto; ¡en el

triste y lamentable aspecto de la inconsciente imbecilidad!.

Los primeros, los que flotan en el ambiente reconfortante de la rebeldía como un montón anónimo de «valores muertos»; los que ni siquiera tienen la virtud que tenía el inmortal Sancho Panza, de Cervantes, al seguir al Quijote que iba en busca de su Dulcinea: los que participan con entusiasmo en la perpetuación de las más grandes aberraciones de nuestro siglo; en fin, todos aquellos que forman filas en las sumisas e interminables caravanas de los esclavos modernos, creen de una manera infundada, que la unión obrera no se realizará nunca; que es imposible realizarla!

Y, lo posible, en este caso queda para los imbéciles. ¡Soy un poco más exclusivista que Napoleón.

Los segundos, los que cantan las miserias de las almas destempladas; los que lloran su pasado de grandeza y de valor; los que impregnaron la atmósfera con las miasmas nauseabundas de los cuerpos y las vidas que murieron; los que quedan inseguros e impotentes en la puerta del abismo sepulcral; los que rompen las aureolas de sus triunfos venideros; los que van como cadáveres y adelantan donde pisan, el olor de su ataúd; eson son, caros lectores, los que dicen con nostalgia que la obra de los «hombres» no se puede practicar; y lo achacan, ¡oh ironía! a las causas y factores que ellos vieron; al atraso que palpita en los pechos de la plebe, como si esta no pudiera transformarse ni cambiar!

¡Son los mismos; los de siempre: los que caen en la lid!

Los que arrastran sus ideales de bonanza; y los llevan, semi ocultos, en sus cerebros sin luz.

¡Son los vencidos!...

Pero, ya lo dijo el poeta.

«¡Oh, sí, yo lo sé bien! Muchos cayeron, muchos después de un valeroso alarde, en mitad del camino se volvieron a la antigua quietud honda y cobarde.

«Los hombres son muy blandos y se meclan, más si uno cae, su puesto otro procura. Todas las olas de la mar se estreclan, pero siempre es la mar la que perdura.

«No importa pues, que alguno a Nazareno le de el beso de Judas y se vaya; cuando está con nosotros es un bueno, recién cuando traiciona es un canalla!

«Y, mientras tanto: El pensamiento vibra con coraje perenne sobre todas las flaquezas; impulso de sí mismo, hace su viaje por más que atrás se queden las cabezas».

La unión hace la fuerza.

He ahí el axioma irrefutable!

Hay que decirlo a gritos; volverlo a decir y repetirlo hasta el cansancio.

¡Hasta que se convenza la muchedumbre; hasta que la unión se forme con la afinidad ideal de los productores; hasta que el sol del nuevo día haga sobre nuestro planeta una completa irradiación, con sus destellos de porvenir!

Si; no es una perogrullada!

Es un axioma que vibra y late en todos los corazones que encierran grandeza, en todas las almas que están impregnadas de bondad!

Al no practicarse, al no llevarse a la práctica, al no reflejarse en los hechos reales de la vida, ¿qué quiere decir? ¡Quiere decir que el pueblo, el que forma la mayoría, aun no está convencido de que es un axioma, y que puede ser, en un tiempo no muy lejano, el «vox populi, vox dei»!

¡Quiere decir que el proletariado aun no tiene la certidumbre de que esa verdad es una verdad incommovible; y que ella se ha de consagrar en el campo de la producción, como se ha consagrado hace tiempo en las esferas de la burguesía!

Esta ha formado la fuerza bruta; nosotros formaremos la fuerza de más valor: la fuerza del trabajo; la fuerza que se formará, no

hay que dudarlo, con la conciencia de clase, con los ideales de redención.

Sólo falta una cosa: que los desheredados de la fortuna, los que sienten hambre, sed de justicia y bienestar, se percaten, una vez por todas, que esa unión debe hacerse sin contemplaciones de ninguna especie; que esa unión es imprescindible para llegar a la completa liberación; para barrer, con la fuerza que de ella emana los obstáculos que impiden el triunfo de la verdad...

V. Todaro.

Si un hombre solo puede hacer mucho en pró de su independencia individual, uniéndose con otros que piensen como el pueden hacer mucho más.

¡Abajo la guerra!

Sí, abajo la guerra; abajo el crimen monstruo; abajo esa vergüenza humana.

¿Qué es la guerra? Un crimen bárbaro, excesivamente bárbaro, monstruosamente bárbaro.

Muchos seres humanos se despedazan, se asesinan mutuamente, empleando los elementos más bárbaros y horribles.

Y esos seres no se han conocido nunca, nunca han podido darse motivos para negarse a estrechar las manos, menos para odiarse, asesinarse... ¡Y se odian y se asesinan!

¿Por qué?, por enriquecer más a unos ricos que no están en las filas de los que se despedazan; por servir a unos seres rematadamente locos, cuya locura los convierte en insolentes provocadores y porque los combatientes son unos idiotas que por millones se convierten en juguetes trágicos del orgullo de esos locos.

¿Qué decís de dos seres que no saben entenderse y dirimen sus diferencias a puñetazos, palos, con navajas o revólvers? Decís que son bárbaros. Pero esos bárbaros son hijos del pueblo, que no han asistido a la escuela, y todo el mal que pueden hacer se reduce a dos muertes y unos huérfanos. Pero las guerras no son decretadas por seres que no han ido a la escuela, sino por los que pasan por ilustrados y sabios, casi todos con títulos.

Estos hombres deberían saber entenderse; al no entenderse, se nivelan al obrero sin instrucción y de hecho se rebajan, porque aquellos obreros han hecho unos huérfanos, dos muertes, las suyas propias, mientras que estos títulos, estos sabios sin corazón, hacen millones de huérfanos, miles y miles de muertes, y ni los huérfanos son sus parientes ni entre los muertos se cuentan ellos. ¡Son los capitanes Araña!

Ellos ordenan, otros obedecen.

¿De quién es la culpa?

De todos, sí, de todos.

Culpables los reyes, emperadores, zares, presidentes y ministros que decretan las guerras; culpables los obreros que las hacen.

Si hay guerras es porque el pueblo las quiere; si no las quisiera no las haría. Y hasta cierto punto, bien empleado le está.

Si el pueblo estuviera capacitado, si poseyera el instinto y la voluntad de no dejarse asesinar, no haría la guerra.

Francisco José, que ha declarado la guerra a la pequeña Servia, nada haría si los cincuenta y pico de millones de austro-húngaros no le obedecieran.

Si un rebelde hubiera surgido y matado a ese viejo loco, porque la guerra es una locura, la más grave, y sólo los locos pueden decretarla, ese rebelde hubiera sido vituperado; los más duros epítetos se hubieran lanzado contra él y contra sus amigos y partidarios, y, sin embargo, ¡cuántos miles y miles de vidas no hubiera ahorrado!

A ese viejo loco se han unido otros locos. El zar quiere divertirse horrosamente con sus cientos millones de súbditos, que si tuvieran dignidad no se dejarían conver-

tir en arma homicida, que esgrimirán en contra de sus intereses y propias vidas.

El emperador de Alemania, que ha decretado la guerra a Rusia y la ha empezado con Francia, que envolverá probablemente los 40 millones de franceses y acaso los 36 millones de Italianos y los 44 de ingleses, ¿qué sería de él si los 66 millones de alemanes no le obedecieran?

Unos veinte millones de seres en la plenitud de su vida van a matarse mutuamente, sin saber por qué, porque dos o tres locos de cada país lo han ordenado.

Y después de la hecatombe, después de miles y miles de muertos, tal vez millones; de los miles y miles de inútiles, de los millones de huérfanos y de hambrientos, las cosas quedarán en igual estado. Los convenios darán una tregua, pero sólo una tregua para volver a las andadas al poco tiempo si el pueblo no abre los ojos y aprende a defender sus propios intereses preparando y haciendo la revolución social, porque quedarán los seres y las causas que promovieron el conflicto.

El régimen burgués es en sí el germen de la guerra; el militarismo, el brazo. La paz, la tranquilidad de los pueblos, exige la supresión del militarismo. El régimen actual y sus representantes, en vez de suprimirlo lo han aumentado, y poco menos que reconocido inviolable e indiscutible.

El aumento constante del ejército ha conducido a los pueblos al abismo, y he aquí que antes de decretar la bancarrota se lanzan a la pelea para sucumbir en la lucha o salvarse en ella momentáneamente al menos. Para impedir esto no hay otra solución que la de que el pueblo destruya a la burguesía y se apodere de los medios de vida para bien de todos.

Vean ahora esos anarquistas despreciadores de la masa cuánta razón tenemos los que queremos vivir con ella para inculcarle el espíritu de conservación de la vida y las energías para defenderla, así como la luz de las ideas redentoras.

Vean los socialistas cuánta razón nos asiste al querer introducir en los Sindicatos el espíritu antimilitarista y antipatriota.

Si en vez de hacerse cotizantes y ceros de la emancipación se hubieran hecho seres conscientes esos millones de sindicados alemanes, esos millones de votantes socialistas y ese medio millón de sindicados austriacos, hubieran impedido la carnicería.

Piensen unos y otros la responsabilidad que les alcanza en esta horrorosa matanza y el retroceso de medio siglo a que nos lanza esta hecatombe.

V. García

La catástrofe

Londres, 13—Acaba de recibirse en esta un número del diario «L'ami de Londres», que se publica en Namur bajo la censura alemana. Contiene el diario citado la lista de los pueblos que fueron devastados, desde el comienzo de la guerra, figurando en esa lista los siguientes: Tamines, donde fueron destruidas cien casas, hubo allí 8 muertos; Gelbresse, 19 casas destruidas; Francoware, 16 muertos; Walter, 19 casas destruidas; Gembloux, 18 casas destruidas, dos muertos; Saint Gerard, 30 casas destruidas; Oret, 50 casas destruidas; entre ellos el Palacio Municipal; Bremer, 70 casas destruidas, 15 muertos; Ermeton-sur-Briet, 85 casas destruidas; Stare, 60 casas destruidas; Marialme, 15 casas destruidas; Clarioux, muchas casas destruidas y numerosos heridos; Bossule-Zal, 54 casas destruidas. También fueron destruidos en parte los pueblos de Gresnar-le-Scourdin y Mariembourg. Fueron arrasadas muchas casas en Beaswaover wavrd.

De «El Día» diario burgués.

Después que leímos el telegrama que sirve de motivo para llenar estas cuartí-

llas, mucho más nos dijo el telégrafo, nos describió la destrucción de monumentos de arte, el derrumbe de edificios arquitectónicos monumentales, y centros de enseñanza y de elevación intelectual y de todas las ramas de la ciencia y del saber humano.

Todos esos actos de barbarie no nos extrañan, son propios de las guerras como la que se está realizando en estos instantes; lo que en realidad nos sorprende es la cobardía de los pueblos que contemplan y se someten cristianamente a sufrir las peripecias de esta catástrofe terrible.

Cuando Salvador French arrojó una bomba en el «Teatro Liceo» de Barcelona, repleto de burgueses explotadores del pueblo obrero; cuando Vaillant arrojó otra bomba en plena cámara de diputados de Francia por que en cuyo antro se pedía que guillotinaran al gran Etievant, al profundo pensador comparado por los criminólogos burgueses tan grande como Augusto Compté; Cuando Emilio Haurri arrojó otra bomba en el café «Terminús» de París, por que allí la aristocracia parisiense desafiaba las miseria del pueblo, en todas partes se decía que los anarquistas eran unos catastróficos, unos destructores de lo bello y de lo grande.

Cuando Cesario mató a Carnot por ser este el culpable de la matanza en el Tonkin y en Madagascar, y que tuvo la crueldad de hacer guillotinar a Vaillant después que la hija de la víctima le imploró de rodillas la conmutación de la pena capital; y cuando Angiolillo hizo desaparecer a Canovas del Castillo por ser el terrible asesino de Montjuich; y cuando Bresci ajustició a Humberto I por ser el asesino del pueblo siciliano en 1894, y del proletariado milanés en 1898, todos los rampiones de la prensa y los eunucos de la burguesía gritaron en coro que los anarquistas eran unos asesinos.

Pero en estos instantes, por el capricho de los testas coronadas de Europa se destruyen ciudades enteras, bibliotecas, obras de arte, etc., y los pueblos se asesinan colectivamente entre sí, y los que pretenden sostener a todo trance el actual estado de cosas dicen que la destrucción y la muerte es una obra de patriotismo.

Lo que es de extrañar, es que todos presenciemos pasivos la catástrofe y el crimen, que no se practique aquel pensamiento de Tolstoy, «que frente a las circunstancias no estalle una bomba en cada esquina».

Al proletariado le incumbe en estos instantes declarar guerra a la guerra!

Si continuamos en el tren de la pasividad es demostrar que estamos de acuerdo con la catástrofe y el crimen.

Frente a la combulsión guerra debe abrirse paso la Revolución Social.

Joaquín Hucha.

Bibliográfica

¿Que es el socialismo?

Por casualidad llegó a nuestras manos un opúsculo que lleva por título el epígrafe de estas líneas, y es autor Carlos Marx Lux, lo leímos en la creencia que en esas páginas encontraríamos una exposición clara de las doctrinas del verdadero Marx, del malogrado sociólogo alemán, pero en cambio nos encontramos con la obra de un perfecto imbécil.

Ese Carlos sin Luz ni siquiera sabe escribir; pues, por lo de pronto le recomendamos que aprenda la hilación de las palabras para formar la oración, y después le volvemos a recomendar que lea y estudie las obras que recomienda él leer en las tapas del mencionado folleto, entonces será cuando podrá escribir sobre el socialismo.

Nosotros creemos en la sinceridad y capacidad de algunos de los componentes del

socialismo uruguayo, por eso esperamos que sabrán rechazar dicho folleto como propaganda socialista, por ser eso la negación completa del socialismo.

La síntesis

Por algo la etapa que atravesamos glorifica el automóvil y la pila eléctrica: un giro a la manivela y... diez kilómetros; el contacto de dos polos y, la palabra, como una golondrina, atravesando el mar en un par de horas. Eso es progreso: abreviación y síntesis. Una línea recta y la voluntad como un tiro.

Para mí que el «loco» Nietzsche concibió su super hombre imperialista de una observación mecánica. Cuando claudica el brazo, triunfa su prolongación, el hierro. Y cuando éste chochea, una mecha resulta una bendición del cielo.

El laconismo impera. Y si en mecánica es un tornillo y en electricidad es un contacto, en Historia es un gesto y en matemáticas una ecuación. En literatura, la metáfora es un esfuerzo mínimo. Y los filósofos que se proyectaron sobre la vida más lejos, no hablaron sino en parábolas: las geniales sentencias del Quijote, los dulces aforismos de Jesús, la síntesis de acero de Sartrustra. Y sin remontar los mundos, espigando en esa América, donde tanto León Bloy adventicio hace tren vertiginoso, el más ingenuo constata que sólo dos cerebros abrieron rumbo: Alberdi al Sur, y en el Centro, esa flor de luz, de genio que fue Martí. Los demás... piquitos de oro a lo sumo, que trabajan el porvenir con la lengua, y la espectacularidad con discos, como fonógrafos, prendería de empeño fácil en el bric a brac de la prensa cotidiana...

Abreviar es superarse, si, señores. Y si eso es progreso, lo contrario es una forma de la degeneración. La elocuencia oral o escrita, por ejemplo.

Ser poeta es hablar en imágenes. Ser filósofo es hablar en pensamientos; esto es, a pensamiento por línea. Frente a estas dificultades, los simuladores se tornan ampullosos y los impotentes hacen como los ratones: prodigan, multiplican sus mordisquitos.

Los charlatanes disuenan; son extrachatos, como un reloj de bolsillo. Pero por ley de compensación lo que no se afirma se estira; de ahí la bambolla poblando los espacios líricos con pirotecnia y grande estruendo.

Times is money.... para los judaizantes; para nosotros, tiempo es vida, y vida intensificación: una línea recta y la voluntad como un tiro. Lo que no sea así, aunque se llame erudición o se prodigue en cápsulas, es oropel, pedantería o bambolina: Hamlet que resurgue al favor de las prácticas curanderas....

Seamos breves, pues amigos. Para el mal o para el bien, el siglo precisa de los que llegan o intentan llegar, al menos. Y si hay voluntades rotas que gozan con el melindre expositivo que levanta el velo sin arrancarlo, peor para ellas; porque en la vida, como en los duelos gauchos, el que no mata muere....

Pacheco.

A LAS CUADRILLAS

Se recomienda a todas las cuadrillas, en las que se ha implantado la costumbre de obtener los recibos fiados traten de abolirla en la brevedad posible; o al menos siquiera, enviar el importe de dichos recibos antes del sábado de cada semana.

Pues esta determinación fué tomada en Asamblea General del Gremio y sin embargo no se lleva a la práctica: por cuya razón el cobrador se ve imposibilitado entregar sus cuentas de acuerdo con lo resuelto por dicha Asamblea.